

Javier del Castillo

- “¿Y eso es todo maestro?”
- Ni mucho menos Javier, pero por ahora es todo cuanto puedo decirte. Aun eres joven y no has vivido lo suficiente para entender todo lo que ocurre a nuestro alrededor, pero no te preocupes, el tiempo te conferirá la sabiduría necesaria y descuida, vigilaré tus pasos de cerca mi querido chiquillo. He depositado muchas esperanzas en ti y no voy a permitirme perderte ni que pierdas el rumbo.
- Gracias maestro, no le defraudaré.
- Oh! Disculpa, estaba hablando con él. ¿Que quién es? Debes ser nuevo por aquí, ¿verdad? Je, lo suponía, pero no importa, yo te diré quién es. Ahora es conocido como John, John McMannus, pero tal vez ese nombre no te diga nada, al fin y al cabo, tan solo lleva unas cuantas décadas llamándose así, sin embargo, estoy seguro que al menos habrás oído hablar de Lastard de Essex, Justicar Ventrue.
- Tranquilo, no pasa nada, no era una conversación confidencial, de lo contrario no estaríamos hablando aquí, y en tal caso, te aseguro que no seguirías vivo.
- Claro, ahora que lo pienso, también te preguntarás quién soy yo, es normal, si no le conoces a él, mucho me temo que mi propia persona será ajena a tu conocimiento, tu limitado conocimiento por añadidura. Yo soy Javier del Castillo y soy su chiquillo y alumno. Pero ven, te contaré mi historia. Ya veo que no tienes mucho más que hacer y espero que después de escucharme puedas sacar algo de lo que vas a oír. Al menos, puede que algo de lo que te enteres quizá te sirva para algo en un futuro.
- Para serte sincero, no recuerdo cuándo nací, de hecho, no recuerdo nada de mis días como mortal, sin embargo, y según mis propios cálculos debí nacer alrededor de 1800, una época en la que Europa bullía y en la que el gran Napoleón comenzó a extender su control por toda Europa. Pocos años antes de esto, los franceses habían decidido que su rey no tenía ya ningún tipo de función y con él gran cantidad de nobles, consejeros y demás aristócratas. Podríamos decir que hicieron buen uso del invento de Guillotine.
- Pero como ya te digo, no recuerdo qué ocurrió después, lo único que sé es lo que he leído y me han contado, sin embargo, te contaré a partir del momento en que recuerdo, el momento que desperté en la larga noche.

- Ocurrió una noche de mayo de mil ochocientos veintiocho ¿qué edad tenía? ¿veinticinco? ¿treinta años? No lo se pero estoy seguro que sería más o menos esa. Ya te digo que no se dónde nací, lo que sí se es que estaba en España esa noche, concretamente en Madrid. Sabe Dios lo que estaba haciendo allí pero la primera imagen que tengo en mi mente es la de Lastard, de pie, justo delante de mí. Al mirar a mí alrededor recuerdo que estaba en una cama muy lujosa, en una habitación perfectamente decorada.
- Bienvenido Javier, bienvenido a esta, la larga noche.
- ¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién eres tú?
- ¿Acaso no me recuerdas Javier? Hace un par de horas me conocías como John Watherspoon, embajador inglés en la corte. Estuve hablando contigo más de 2 horas y para serte sincero, vi en ti un gran potencial, y por eso estás ahora aquí.
- ¿Qué? ¿John qué? ¿La corte? ¿De qué me estás hablando? ¿Qué hago aquí?... – En ese momento recuerdo que me levanté de la cama de un salto, tenía una extraña sensación, una sed que jamás había sentido antes, o al menos no lo recordaba. Me fui directo para una jarra con agua que había en la habitación. Me la bebí entera, pero aun así seguía sediento. Lastard me miraba fijamente mientras bebía, y una pequeña sonrisa se dibujaba en su rostro.
- Querido Javier, no es agua lo que buscas. Por favor, ven aquí, ven conmigo, te lo explicaré todo.

Aún recuerdo su voz, esa voz embelesadora que me tranquilizó de forma instantánea. Era algo mágico. Ahora comprendo qué hizo, pero en aquel momento tan solo pude ponerme a su lado y seguirlo. No importaba dónde, tan solo lo seguí.

Me llevó lejos de aquel edificio, que no era nada más y nada menos que el palacio real, en el que Fernando VII apuraba sus últimos años de vida como regente absoluto de aquella España, aun maltrecha por la larga guerra que había sufrido, aunque ya te digo, que todo esto me fue dicho a posteriori. Anduvimos por las calles madrileñas durante un par de horas, comenzó a contarme qué había ocurrido, en qué me había convertido, hasta que llegó un momento en que no escuchaba sus palabras. Comencé entonces a verlo todo rojo, esa sed que me había levantado del lecho horas antes, aumentaba por momentos, sin embargo, ahora ya sabía qué la saciaría.

Justo al doblar una esquina, un hombre encapuchado se paró delante de nosotros y sosteniendo una daga nos amenazó para que le diéramos el dinero que llevásemos. Esto fue la gota que colmó el vaso, no pude aguantar más. Sentía su sangre correr por sus venas, escuchaba los latidos de su corazón casi más que su propia voz y sin pensármelo dos

veces, salté sobre él, clavándole mis colmillos en el cuello. No se lo esperaba y de la fuerza del impulso caímos ambos al suelo. Comencé a beber, sin embargo, en cuanto el primer trago bajó por mi garganta unas tremendas nauseas se apoderaron de mí, haciéndome vomitar el trago que acababa de dar justo en la cara del asaltante que, si bien ya estaba sorprendido y asustado, llegó a un estado de parálisis mental cuando empapé su cara con su propia sangre. A penas me dio tiempo a reaccionar. Lastard me apartó de un empujón de encima del hombre y levantándolo de la ropa comenzó a succionar su sangre. Apenas unos segundos después vi que tras lamer las heridas producidas por sus colmillos miraba directamente a los ojos al asaltante y comenzó a decirle algo. Le dijo que había bebido demasiado y que nada de lo que acababa de ocurrir había sucedido de verdad, que tan solo era fruto de su imaginación y del alcohol. Tras esto, lo soltó y cogiéndome del brazo me llevó lejos de allí.

- ¡Nunca vuelvas a hacer eso! No eres una bestia, maldición. Eres un ser superior, estás por encima de ellos. Son ganado, sí, pero debes tener cuidado, hasta el más miserable de los animales puede destruirte si todos los de su especie te toman por enemigo. Además, hay muchos humanos que no son tan estúpidos como ese que ha intentado asaltarnos. Aún en esta época, los cazadores siguen existiendo y no debes arriesgar tu no-vida de forma tan estúpida. Gánate a tu presa, sedúcela, haz que quiera estar contigo y cuando sea así, aprovecha el momento, pero de forma delicada, casi como si la besaras.
- ¿Pero qué me ha pasado? ¿Por qué no he podido beber su sangre?
- Bueno, es algo normal. Te explicaré: para nosotros, los Ventrue no toda sangre es lo suficientemente buena. Nuestro gusto por la vitae llega a límites insospechados, incluso, hasta no poder más que beber un tipo de sangre específico. Mírame a mí, yo he podido beber de ese hombre porque era un muchacho joven. En el momento en que la sangre comienza a envejecer se hace imbebible para mí.
- ¿Y yo? ¿Qué tipo de sangre puedo beber yo?
- Pues eso lo debes averiguar por ti mismo. Tu propia naturaleza será tu guía para saberlo.

Después de decirme esto, me llevó a una taberna, donde pedimos bebida y comida. Por alguna extraña razón Lastard no probó bocado, sin embargo yo engullí el plato entero, cosa que le sorprendió bastante, como me dijo más tarde.

Todo aquello estaba muy bien, vi un montón de posibilidades abiertas ante mí, sin embargo, esa sed seguía ahí, pero esta vez lo hice como él me había dicho: con tacto, con suavidad y con gracia. Esta vez me fui a buscar a una joven que se paseaba entre las mesas, una prostituta, de apenas 16 años que intentaba ganarse el sustento de la única forma que sabía. Me acerqué a ella y comencé a hablarle, no tardé mucho en convencerla para ir a una habitación. Subimos a una de las habitaciones

que el posadero tenía guardadas para dicho uso. No me costó mucho morderla, de hecho, fue casi instantáneo, entrar en la habitación y lanzarme a su cuello. Ella gemía y esta vez no tuve problemas al beber su sangre. El sabor más dulce que he probado. Mi paladar se deshizo al contacto con aquella sangre. Por mí hubiera acabado hasta con la última gota de aquella sabrosa sangre, sin embargo, y acordándome de lo que Lastard me había dicho: no los mates, no te conviertas en una bestia. Hay tantos que no es necesario acabar con ellos, además, es mucho más útil un sirviente que un muerto. Así, que la dejé con vida, allí, tumbada en la cama.

Cuando bajé, Lastard me miró sonriente. No hubo que decir nada más. Él sabía que estaba hecho, y que estaba hecho bien.

Mi primera noche pasó hablando de todo lo que debía saber, así como saciándome con otra muchacha que nos pidió limosna en una calle. Después de beber hasta saciarme, la dejamos allí, durmiendo, con un par de monedas de oro en la mano. Menuda sorpresa se llevaría a la mañana siguiente.

Mis noches pasaron una tras otra, aprendiendo, escuchando a Lastard, viendo todo a mi alrededor. Fui presentado ante el príncipe y comencé a relacionarme con la sociedad cainita. En tiempo mortal... pasó bastante. Murió Fernando VII y hasta que su hija, Isabel II, no comenzó su reinado, se sucedieron los gobiernos, tanto de su madre como de aquel general...Espartero creo que se llamaba. Y aun así, durante el reinado de Isabel hubo gobiernos de todo tipo.

Realmente la política mortal no era de vital importancia, y por lo tanto no le prestaba más atención de la necesaria.

Los años pasaron realmente rápidos y yo fui madurando en mi nueva naturaleza. Descubrí que tenía una facilidad asombrosa para relacionarme con las demás personas, había algo en mí que atraía, además de mi voz. En más de una ocasión he dejado a un salón mudo mientras exponía algo.

Otra de las cosas que Lastard descubrió en mí es que tenía un sexto sentido para percibir el peligro. En alguna que otra ocasión nos hemos librado de emboscadas gracias a un presentimiento que súbitamente recorre mi mente en el momento preciso. Esto es algo que él me ha hecho desarrollar con ganas, ya que dice que puede salvarme la vida. ¿Que cómo era la convivencia con Lastard? Nunca he tenido grandes problemas ni discusiones con él. Es mi maestro, mi sire, y yo lo asumo como tal. Él me ha enseñado todo lo que sé y le estoy agradecido por ello, sin embargo, como sabes, tanto tiempo juntos no solo aprendes virtudes, también llegas a odiar las mismas cosas, y más, después de vivir ciertos sucesos que bueno...no vienen al caso. Solo te diré que no quiero ver a un Demonio Tzimisce cerca mío a no ser que esté bien estacado y con el estómago desgarrado por unas buenas garras.

Disculpa, no puedo evitar ponerme así cada vez que pienso en uno de esos seres que no tienen el derecho a llamarse hijos de Caín.

Como puedes comprobar, sobreviví a la primera guerra europea, la Primera Guerra Mundial, así Segunda, sin embargo, entre ambas, hubo un que jamás olvidaré. Fue un momento mágico, mente el mejor momento de mi existencia en este mundo. periodo en el que conocí a Paula. Ella lo fue todo y lo terrible, es que sigue siendo una parte muy e. Cuando se fue, dejó un gran vacío en mi alma. recuerdo a la perfección su melena negra hasta la un pelo tan liso y brillante que enmarcaba una cara tan perfecta que es difícil creer que era una criatura terrenal y no un ángel. La conocí en una asamblea de clan en 1925, tras la creación de lo que se llamó el Directorio Civil de Primo de Rivera. Me quedé prendado de ella en cuanto la vi. No pude más que acercarme a ella, hablarle, intenté por todos los medios ganarme su favor. Y tras unos meses, lo conseguí. Entablamos una relación de amistad, que poco a poco se fue convirtiendo en algo más, algo mágico. Largos años estuvimos juntos, en toda España se conocía nuestra relación debido a lo intensa y maravillosa que era. No había vástago en Madrid que no hubiera oído hablar de Paula y Javier. Éramos inseparables, nuestro amor iba más allá de toda comprensión humana, era, como nosotros, sobrenatural, hasta que un día ocurrió algo que ha marcado mi no-vida más que ninguna otra cosa. Estábamos en el País Vasco, en una misión de “reconocimiento” que se nos había encomendado, ya que había indicios de que algunos seres del Sabbat estaban infiltrándose en ciertas industrias y sabotando los trabajos de la Camarilla. Todo iba sobre ruedas, habíamos descubierto a los infiltrados y nos disponíamos a irnos de vuelta al refugio cuando advirtieron nuestra presencia. Hubo una lucha encarnizada que terminó con un sucio y repugnante Tzimisce arrancándome de mis propias manos el cuerpo aletargado de Paula. No pude hacer nada, no tenía fuerzas, a duras penas logré escapar de ahí y buscar ayuda, sin embargo, para cuando llegó, ya era demasiado tarde para ella.

Años estuve llorando su pérdida como ningún inmortal ha llorado nunca, hasta que hace apenas veinte años, recibí noticias tuyas. El corazón iba a salirse de mi pecho cuando recibí la carta. Una carta escrita por su puño y letra. En ella me decía que seguía viva, que logró sobrevivir a aquella fatídica noche, que se moría por verme, que no había podido ponerse en contacto conmigo antes pero que quería recuperar el tiempo perdido. No dude un instante, y a pesar de las advertencias de mi maestro e ignorando mi propia intuición, decidí reunirme con ella. A la semana allí estaba yo, en la Gran Vía bilbaína,



gran como a la periodo probable

Fue el para mí, important Aún

espalda,

esperándola, con la ilusión de un niño pequeño. Sin embargo, los temores de Lastard no eran infundados. Me horroricé cuando la vi, no por ella, ya que seguía igual de bella que antes sino por sus acompañantes, a los que reconocí rápidamente: eran los Tzimisce que habían estado allí aquella noche, aquellos que la habían arrancado de mis brazos. Y venían con ella, pero no la traían como prisionera, sino que ella era la que les mandaba.

No tuve tiempo para reaccionar, ella se abrazó a mí diciéndome al oído cuánto me había echado de menos. Tan solo pasó un momento cuando me dijo aquello que había venido a decir, aquello que tanto me temía: “Ven Javier, únete a nosotros. Aquí estamos tan solo de paso, solo estamos aquí por ti, tenía que verte, tenía que volver a abrazarte. Ven conmigo y volveremos a estar juntos por siempre”.

En ese momento despertó en mí una lucha interior. Mi persona se debatía por la lealtad a la Camarilla, a mi sire y maestro, a todo por lo que había luchado desde que desperté y mi amor por Paula. Gracias a Caín que Lastard fue más previsor que yo y apareció en aquel preciso momento y con su sola figura acabó con aquello. Aclaró mi mente de un fagonazo, como si me hubiera tirado un cubo de agua a la cara y hubiera despertado de un mal sueño.

- “Sabes que no traicionaré a los míos Paula, ni por ti ni por nadie, solo espero que entres en razón y te quedes conmigo. Ven, volvamos con Lastard a ver al príncipe, seguro que él lo entenderá. No te preocupes, ellos no pueden hacerte daño, estamos aquí para protegerte. Vuelve conmigo mi amor” -

Vi en sus ojos la duda, pero por alguna razón aquellos demonios le habían lavado el cerebro. No podía obligarla a volver conmigo y no podía permitir que Lastard acabara con ella. Así que di todo de mí para permitir que se fuera con sus nuevos amigos sin que mi maestro acabara con ellos.

Fui reprendido duramente por parte de mi sire, sin embargo me aseguró que no diría nada al príncipe, pero me advirtió de la necesidad de olvidarme de ella, de todo cuanto había significado para mí y verla como un enemigo, una de ellos, un Sabbat. Aunque asentí y acaté lo que él me dijo aún sigo pensando que queda alguna oportunidad de redención para mi amada Paula.

Hoy, después de 177 años oculto mi ser vampírico bajo la figura de un directivo en los astilleros de Bilbao, viviendo en un ático en Getxo, con un Audi A4 con el que recorro la noche bilbaína. Pero todo eso no es más que objetos, cosas que el tiempo acaba destruyendo, pero mi amor por Paula, así como mi respeto y admiración por mi sire son cosas que ni el tiempo ni nada podrán destruir.



Espero que te haya servido para algo todo esto...

Riiingg, riiiiinggg

Disculpa un momento. ¿Cómo? Sí, sigue aquí. ¿No me digas? No puede ser tan estúpido. Jajajajaja. De acuerdo, nos vemos.

Listo. ¿Sabes quién era? Era mi sire, y parece ser que no me habías dicho toda la verdad... Eso no es bueno. Estás en mi casa, eres mi invitado y me has mentado. No... no te muevas... ¿acaso no me escuchas? ¡QUIETO! Así me gusta. Ahora vas a acompañarme. Vamos a ir a ver al príncipe, creo que tu sola presencia aquí es una ofensa más grande que el propio ataque directo. Aunque tal vez... puede que ocurra algún desgraciado accidente mientras vamos a verle. Ya se, intentaste escapar. Ves, intentas moverte. ¿Acaso no me has escuchado antes? He dicho que QUIETO sucio Sabbat. Creo que con esto te quedarás mucho más quieto.

Y ahora... después de haberte contado tanto... te toca a ti. A partir de este momento solo tú eres dueño de tu no-vida. Elige: me cuentas todo lo que quiero saber y el príncipe decide tu destino, o no me lo dices y se acaba todo en este momento.

Vaya, si parece que nos ha salido un Sabbat estúpido... para variar. Es lamentable que haya perdido tanto tiempo hablando contigo, pero claro, ahora será mucho más divertido acabar contigo ya que sabes a qué te has osado enfrentar...